Escuela y Hogar

(III)

5—Características de la colaboración.

Dando un paso más en nuestro estudio, y siguiendo la magistral exposición de Sabatier, desglosemos brevemente las características que deben distinguir la colaboración entre la escuela y el hogar.

La colaboración debe ser:

a) real;
b) leal;
c) confiada;
d) ilustrada;
e) amistosa.

A) Colaboración real o efectiva.

No se trata de fomentar entre el hogar y la familia una colaboración meramente platónica, que se reduzca a un tributo de simple admiración. La estima y admiración deben traducirse en el campo de las realizaciones, aunque éstas cuesten sangrientos sacrificios.

Los padres estarán dispuestos a secundar lealmente la línea de conducta pedagógica que —depués de mutuas deliberaciones con los maestros— se haya trazado. Cortar, cuando sea menester, los mimos, complacencias y disimulos. En algunos casos, se impondrá la medida heróica, el recurso supremo, que vendrá a ser índice elocuente de su voluntad de colaborar.

El caso siguiente descubre la voluntad de real colaboración que poseía un padre de familia. Es rigurosamente histórico, con sus ribetes de heroísmo.

"Un padre, consciente en alto grado de su deber, y animado bajo el impulso de su amor paterno, de una noble pasión de reeducador, no había logrado con todo, redimir a su hijo de una profunda indiferencia, apatía y pereza. No se trataba de un defecto orgánico: todos los médicos coincidían en declarar como excelente la salud del joven. Se trataba, sin duda alguna, de una enfermedad moral, de un profundo horror a todo esfuerzo. Se habían ensayado todos los procedimientos. Se había equilibrado de tal manera el régimen alimenticio que se evitaran aquellos trastornos digestivos, aquella congestión y depresión de sobremesa, de que se quejaba el interesado. Se ensayó la hidroterapia. Se pusieron en juego todos los influjos: razonamientos, sentimiento, conciencia, piedad, interés, etc. Se había procurado suscitar en él interés por el estudio, presentándoselo en forma de juego y despojándolo de todo aparato abstracto... Todo inútil. El padre reconocía, rasgo tras rasgo, la imagen de un tío del joven, que había despilfarrado inútilmente su vida y bordeado una conducta infamante; esta evocación acababa de sumirlo en la desesperación. ¿Se trataría de una fatalidad hereditaria?

Fué entonces cuando aquel padre —de acuerdo con el director del Colegio— tomó una resolución heróica. Comenzó por simular grandes contratiempos de fortuna; cambio de apartamento; suprimió el lujoso estilo de vida familiar; afrontó valerosamente un nuevo género de vida modesta y estrecha y puso a su hijo —acababa justamente de cumplir catorce años— a aprender un oficio. Este golpe de fortuna impresionó tan fuertemente el corazón, el espíritu y la voluntad de aquel joven, que reaccionó haciéndole frente a los reveses de la fortuna; a los tres meses, aquel

joven se bastaba a sí mismo. Más aún: pidió como un favor, se le concediera asistir a clases nocturnas, después del trabajo del día. La batalla estaba ganada. Aquel muchacho es hoy día un hombre; pasó como estudiante por una difícil escuela industrial y rinde extraordinariamente en su actual empleo, como jefe de una gran fábrica" (1).

Con razón, comenta Sabatier a propósito de este ejemplo: "Nada como este ejemplo, podría demostrar lo que es una colaboración real y lo que ella puede exigir a veces de sacrificio de tiempo, comodidades y amor própio. Si faltan estas disposiciones, las cartas, las visitas, las vacaciones, que son los medios ordinarios por los cuales colaboran los padres con el Colegio —medios en verdad prodigiosamente fecundos— se convierten en fuentes de perjuicios para el educando" (2)

b) Colaboración leal.—

Los padres deben poseer ese mínimum de lealtad para con los educadores, que exige la naturaleza misma de la misión que a éstos se les confía. No son los maestros mercenarios o traficantes. Son los lugartenientes de los padres.

Esta lealtad se muestra en el respaldo moral incondicional que deben los padres prestar a los maestros.

De no existir esa lealtad, cunde en el ánimo juvenil un larvado escepticismo. El niño se encuentra psíquicamente "distendido" entre la escuela y el hogar. Y si no aparece el desdoblamiento de la personalidad, al menos se fraguará un tipo de hombre hipócrita, herido, resentido. ¿Cómo podrían calar las profundidades del alma los consejos y orientaciones del maestro, si los mismos padres son los primeros en ponerlas en tela de juicio, con una sonrisa burlona? ¿Cómo podría despertarse y cultivarse el noble sentimiento de la lealtad, uno de los más fecundos en la psicología juvenil, si el joven confronta cada día la deslealtad de sus padres para con sus educadores?

Además, entraña un enorme contrasentido el hecho de confiar un hijo en manos de un educador, por una parte, y, por otra, mantener una actitud de recelo.

Sirva un caso para ilustrar los perniciosos efectos de la deslealtad en el ánimo juvenil.

Luis tiene catorce años. Posee una fina sensibilidad religiosa y estética. Muy buena inteligencia (115, Otis D). Personalidad bastante desarrollada para su edad: tiene puntos de vista propios, hace reflexiones originales. Es más bien introvertido.

Sus padres son muy indiferentes en materia religiosa. Su padre es muy anticlerical. Llevados, con todo, del aprecio de la disciplina y rendimiento pedagógico de cierto Colegio dirigido por Religiosos, deciden colocarlo en él. Dada la naturaleza sensible y fina del joven, la reacción fué muy favorable. No sólo se adaptó al ambiente, sino que llegó a adquirir una piedad personal y sincera...

La deslealtad del padre esterilizó toda esta bella labor. Sólo deseoso de la "instrucción" de su hijo, se encargaba cada día de investigar cuidadosamente cuanto le inculcaban sus educadores en materia de religión. Y cada día, al lado de la labor positiva del Colegio, se desarrollaba la tarea destructora del padre. Los primeros meses, el muchacho reaccionó con todas sus fuerzas. Al año, el padre resolvió retirarlo del Colegio, temeroso de que prevaleciera el influjo de los profesores sobre el que él mismo ejercitaba. Aquella labor subterránea fué eficaz. Al cabo de algunos meses, una honda crisis religiosa sacudió el alma del joven. Hoy día es un desdichado, sin fé, sin entusiasmo por la vida, totalmente desorientado.

¡No hubo lealtad del padre para con los educadores; hubo una absurda inconsecuencia! Los frutos amargos los recogió el joven, lleno de perplejidad, y sin fé en sus padres ni en sus educadores.

En cambio, a veces se dan casos de lealtad heróica: de padres que disimulan su condición de incrédulos, para no estorbar la acción positiva del Colegio.

c) Colaboración confiada.—

Supuesto que los padres han escogido libremente a determinados educadores deben eliminar la inquietud y las sospechas.

Confianza en el educador significa el crédito otorgado a su competencia pedagógica; significa no creer con demasiada facilidad las quejas de los hijos; no ponerse sistemáticamente de parte de éstos y en contra de aquellos; es juzgar en cada caso con medida y peso de razón, procurando no padezca detrimento la autoridad del maestro, lo cual sería gravísimo mal.

La confianza es fé, creencia, reposo de espíritu, seguridad en un mandatario, al cual se ha dado una credencial de competencia, al confiársele la educación del hijo.

No significa esta actitud de confianza que hayan los padres de proceder ciegamente. La confianza es compaginable con una prudente vigilancia y hasta con cierto grado de 'control", ya que en las obras humanas nunca queda descartado el riesgo de la equivocación.

d) Colaboración ilustrada.

Si la colaboración ha de ser realmente eficaz, debe ser ilustrada, esto es, consciente. Proceder a ciegas en tan importante materia, es fuente de errores irremediables.

Colaboración ilustrada, que tiene que partir de un profundo conocimiento del psiquismo del niño, objeto común de afanes y desvelos para la escuela y el hogar.

Colaboración que debe formularse como ideal, individualizar lo más posible la educación.

Y como quiera que el psiquismo humano es un dinamismo en ebullición, siempre cambiante, a padres y maestros toca seguir la curva evolutiva: sus ascensos y mesetas, sus misteriosos descensos. Hé aquí un campo ilimitado para la colaboración de padres y maestros, quienes deberían comunicarse frecuentemente sus observaciones, sus temores y esperanzas; deberían de común acuerdo reajustar de contínuo el plan educativo.

Hay, además, momentos y problemas cruciales en la vida de todo niño y de todo joven, que requieren una estrecha colaboración inteligente de padres y maestros. Entre otros:

La crisis de la pubertad;
Problemas de estudios;
Problemas psíquicos: retraso mental, inatención, etc.
Problemas de conducta y de la personalidad total.
Problemas de salud.
Conflictos familiares y sociales.
Orientación vocacional.
Relaciones con el otro sexo, etc.

No puede ser indiferente para un maestro ignorar, por ejemplo, una grave situación económica que atraviesa la familia y que, indudablemente, tendrá su repercusión en el ánimo del alumno. Ni la posición de éste dentro de la constelación familiar: adaptación, rebeldía, etc.

Naturalmente que esta colaboración presupone el dominio de ciertas técnicas psicológicas y de determinados conocimientos pedagógicos. Y no faltarán padres que, escudándose en su ignorancia, le remitan toda la carga al educador. Pero a tales padres bien pueden responder los maestros: "Nosotros queremos gustosamente prestaros ayuda y tomar la parte más importante en la educación de vuestros hijos; pero no es posible ni deseable que os desentendáis de ellos completamente. Es preciso que aprendáis vuestro oficio de educadores, la parte que os corresponde. Tenéis la obligación moral de seguir la educación de vuestros hijos, cuando éstos se encuentran en el recinto de la escuela; de hecho intervenís por medio de vuestras visitas y cartas; de nuevo tenéis plenamente bajo vuestra tutela a los hijos durante las vacaciones, las cuales duran varias semanas; si os desinteresáis de aprender cómo tenéis que proceder, todo el edificio pacientemente construído en el Colegio puede desplomarse y nuestra obra bien podrá compararse a la famosa tela de Penélope. Nuestra aspiración máxima es ayudaros; pero vosotros tenéis que penetrar en nuestra escuela, o para decirlo más exactamente, ambos debemos instalarnos en ella. Vana será nuestra ciencia sin vuestras luces; insuficientes serían vuestras luces, sin nuestra ciencia".

e) Colaboración amistosa.

No propugnamos, precisamente, la familiaridad exagerada entre padres y educadores. Cierta distancia psíquica es en muchos casos necesaria para salvaguardar la libertad de acción de éstos.

Pero sin caer es la familiaridad, una amistad sólida, sincera, ayudará no poco para sobrellevar las cargas formidables que impone la labor educadora.

Comprensión, amabilidad, gratitud, apoyo: hé ahí los rasgos que deben distinguir el trato de los padres con los maestros.

Los Colegios, a su vez, no deben ser recintos herméticos, de difícil acceso para los padres y saturados de seriedad académica. Como verdadera prolongación del hogar, a ellos deben acercarse los padres como a la propia casa. Ni debe faltar la presencia de éstos en todas las manifestaciones de la vida cultural del Colegio: actos públicos, academias, teatro, festividades religiosas, deporte...

Vitalmente vinculados al Colegio por una sólida amistad, los maestros serán el soporte más firme y los más tenaces defensores de los derechos de los colegios católicos.

6- ¿Por qué falla la colaboración?

Si tan necesaria es la colaboración y tan abundante en resultados pedagógicos, cabe preguntar ¿por qué falla tan a amenudo?

¿Por qué ese distanciamiento entre la escuela y el hogar, como si se tratase de dos entidades separadas? ¿Como si no estuviera de por medio el sagrado vínculo del niño.?

Existen obstáculos que impiden la colaboración, tanto de parte de los padres como de los educadores.

De parte de los padres:

a) **Ignorancia:** muchos padres desconocen todo el alcance humano de la colaboración en el orden pedagógico. Algunos no valoran la "educación", sino sólo la instrucción y, por ende, ni siquiera se plantean el problema de colaborar con los maestros. De excelente califican un Colegio, cuando prepara bien a los alumnos. Todos lo demás lo consideran secundario.

b) **Impreparación pedagógica:**

Hay padres que, aun apreciando teóricamente el valor de la colaboración, carecen de aquel mínimum de preparación técnica que se requiere para colaborar con eficacia. Pese a su buena voluntad, son ineptos.

c) **Poca voluntad.**

Ni faltan finalmente aquellos que, sabiendo y pudiendo colaborar, rehusan hacerlo. Les falta una voluntad educadora. Y ello:

o por indiferencia: se desinteresan del problema, remitiendo todo ese complejo asunto al maestro.

o por confianza exagerada en la competencia del mismo.

o por cierto oculto desdén hacia los pedagogos.

De parte de los maestros:

Hay quien abrigan ciertos prejuicios. Por ejemplo: que el hogar, tal como está hoy, más bien perjudica al niño y pregonan, por ende, la absoluta separación. Estos resultan entusiastas partidarios de los internados, donde al niño se le aleja, inmuniza y desgaja del ambiente paterno.

No podemos aprobar tales prejuicios. Sin desconocer el pernicioso influjo de los ambientes nocivos, respecto de los cuales se imponga una tajante separación, en la mayoría de los casos, el ambiente del hogar es insustituíble, al menos durante un largo período del año. Si no reúne las condiciones ideales, misión de la escuela es influir sobre él, para transformarlo.

Existe también negligencia. Tal vez por sobrecargo de trabajo, por fatiga o agotamiento nervioso, el maestro se contenta a veces con su tarea cotidiana preparación de clases, trato discreto con los alumnos...No quiere oír hablar de nuevos procedimientos que supondrían aumento de preocupaciones. Se trata, naturalmente, de maestros adocenados, que han rendido las armas y perdido el temple de acero.

7 ¿Cómo fomentar la colaboración?

La mayor parte de los padres de familia se han abocado a la fundación de un hogar, sin poseer la preparación pedagógica suficiente. Sólo poseen ciertos principios intuitivos, que les dicta su misma condición de padres. A la escuela toca suplir esa deficiencia. Para ello, podrán contribuir:

a) Las Uniones o Asociaciones de padres de familia. En las reuniones periódicas que con ellos se celebren, se procurará despertar el interés pedagógico de los padres, haciéndoles ver que la educación es un complejo problema que requiere exquisita preparación. Se aprovecharán para exponerles los principios generales que informan la propia pedagogía de los maestros; los problemas psíquicos, sociales e higiénicos de los niños y adolescentes.

b) Conferencias especiales organizadas con este fin: semanas pedagógicas, etc.

c) Revistas especiales para padres de familia, o al menos, una sección de la revista o periódico colegial, destinada a los padres.

d) Congresos para grupos de padres de familia.

e) Reuniones y festividades, a los cuales asistan los padres;

f) la creación de un centro de psicotecnia, donde se lleve a cabo el estudio psíquico del niño: estos centros dan óptima oportunidad para tratar con los padres y aun para intimar con ellos. Véase, a este propósito, el péndice final.

Carlos G. Plaza, S. J.